



# Un cuento de amor en mayo

Silvia Schujer

Ilustraciones de O'Kif-MG

Esta es la historia de un encuentro, el de Clara y Chicombú. Y es también la historia de dos jóvenes que se rebelan contra las normas de su época y el destino que les quieren imponer. A Clara por ser mujer, hija de una familia tradicional. A Chicombú por ser negro, hijo de un esclavo liberto y contestatario.

*El nuevo libro de Silvia Schujer nos presenta un relato de amor y aventuras que transcurre en los comienzos de la Revolución de Mayo.*

[www.alfaguarainfantil.com.ar](http://www.alfaguarainfantil.com.ar)

ALFAGUARA  
  
INFANTIL

ISBN 978-967-04-137



9 789870 4137

ALFAGUARA INFANTIL

# Un cuento de amor en mayo

Silvia Schujer

Ilustraciones de O'Kif-MG



ALFAGUARA

© 2010, SILVIA SCHUJER

© De esta edición

2010, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-1397-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

Primera edición: febrero de 2010

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia

Costa Rica • Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU.

Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay

Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana

Uruguay • Venezuela

Schujer, Silvia

Un cuento de amor en mayo / Silvia Schujer ; ilustrado por O'Kif-MG

- 1a ed - Buenos Aires : Aguilar, Altea Taurus, Alfaguara, 2010.

88 p. : il ; 20x12 cm

ISBN 978-987-04-1397-4

I. Narrativa Infantil Argentina I. O'Kif-MG ilus II. Título

CDD A863 928 2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial


# Un cuento de amor en mayo

Silvia Schujer


Ilustraciones de O'Kif-MG



ALFAGUARA



## CAPÍTULO I



—¡Clara Inés, por favor!

—No escuchono escuchono...

—¡No hagas esto, hija!

—...cuchono escuchono escuchono...

—¡Que abras la puerta, te digo!

—...cuchono escuchono escuchono escu...

—¡Vamos niña Clarita, abra ya! —intentó Tobiana.

—...

—Ya mismo Clara Inés —amenazó doña Carmen—, porque si no...

—Si no ¿qué? —empezó Clara, encerrada en el cuarto—. ¿Mandarán al Regimiento de Patricios para voltearme la puerta? ¿Al de Pardos y Morenos? Ah, qué miedo. ¿Me encerrarán en un convento como a la pobre tía? ¿Me dejarán

sin comer? Si es por mí, que se lleven la comida para los perros y las mulas, para los esqueletos, los moribundos y todos los demonios del universo.

Clara estaba furiosa. Se había pinchado por trigésima vez en una hora y, harta de chuparse la sangre que le brotaba del dedo, había optado por estrellar el bordado contra el piso y salir corriendo a su habitación.

“¡Se acabó!”, se había repetido una y mil veces mientras arrastraba la silla, la cama, la mesita de noche y todo lo que encontraba a su paso con tal de trabar mejor la puerta.

¿Por qué tenía que pasarse las tardes bordando? Odiaba la costura. ¿O aprendiendo a pegar los labios para comer, para tomar, para reírse, para saludar? ¿Acaso no era más fácil hacer todo eso con la boca un poco abierta? ¿Y el piano? ¿Por qué tenía que tocar preludios, si sus dedos no hacían más que tropezarse con las teclas? ¿Por qué lo que de verdad le gustaba no era asunto de mujeres, como decían las amigas de su madre? Esas cotorras cotolengas copetudas

que además despreciaban a Mariquita, su tía del alma.

En eso pensaba Clara cuando oyó que golpeaban la puerta de calle. Cuando escuchó que la puerta se abría y que alguien entraba a su casa.

En eso trató de seguir pensando cuando la voz de Tobiana le anunció la llegada del pintor.

— ¡Si lo viera, amita Clara! Compóngase y salga que le va a gustar.



Clara Inés de los Ángeles era hija de un rico comerciante criollo: José Agustín Orihuela. Y de una dama de la alta sociedad: doña María del Carmen Ordóñez y Velazco (de Orihuela y olé, como solía bromear Mariquita).

Clara había nacido el 4 de abril de 1799 en una casona de la ciudad de Buenos Aires. Muy cerca del Cabildo y de la recova que dividía en dos alas la Plaza Mayor.

Ahora tenía once años y unos cuantos problemas:

Odiaba bordar y lo decía.

Tocaba mal el piano, bailaba peor el minué.

Le encantaba correr, pero se enredaba con las enaguas. Prefería la ropa de varón y lo decía.

Había aprendido las letras con ayuda de su padre. Y quería leer pero no tenía qué, salvo las oraciones de la iglesia, que la hacían bostezar.

También le gustaba el dibujo. Pero a nadie parecía importarle.

Para Clara lo único que provocaban sus gustos eran disgustos. Y no entendía por qué. Y le daba rabia o tristeza, porque se sentía sola. Pero esto solo se lo decía a Tobiana, la criada que la acompañaba desde que había nacido y que siempre trataba de consolarla. A veces contándole cuentos, otras chismorreándole lo que escuchaba en el mercado —ahí nomás, en la recova— cuando salía de compras. Otras, llevándola a escondidas a la casa de los Thompson. Allí solía estar misia Mariquita con sus hijos y los hijos de sus criados, siempre dispuesta a recibir visitas, a sumarlas a su juego favorito de disfrazarse y actuar. Como en el teatro, decía, y a todos les daba un papel.

Doña Carmen quería a su hija, cómo no. Soportaba y hasta le causaban gracia algunos de sus “caprichos”, pero no podía permi-

tirlos. “Donde hay caprichos, nido de bichos”, repetía.



Que Clara fuera tan díscola, pensaba además, la volvería infeliz. ¿Qué hombre rico, noble y decente querría casarse con ella, si no sabía bordar, ni cerrar la boca cuando nadie le pedía opinión? ¿Qué clase de marido podrían conseguirle, si lo único que la muchacha pretendía era imponer su voluntad?

Para doña Carmen el futuro de Clara era un enigma. Un criadero de problemas que disimulaba ante su marido, porque el hombre le había confiado la educación de la nena como quien fía un tesoro.

Solo un detalle tranquilizaba a la mujer: su hija era linda como una fruta fresca. Tenía los ojos grandes y claros como dos amaneceres. Una belleza.

De ahí que aquella tarde, y con Clara todavía encerrada en el cuarto, llegara un pintor a la casa. Doña Carmen lo había conseguido en la Casa de Niños Expósitos, a donde solía ir de visita para llevar ropa o pastelitos a los huérfanos.

Se lo había recomendado el propio director del albergue y ella había aceptado probar a ese joven artista con la esperanza de que hiciera el retrato de su hija. Porque entonces, imaginaba la mujer, mientras Clara no estuviera madura para ser presentada en sociedad, exhibiría el cuadro en el salón de las tertulias y lo demás vendría solo: los buenos pretendientes, el elegido y la boda.


 CAPÍTULO 3
 

—¿P ara qué me llamaron? —empezó Clara con restos de enojo—. ¡¿Y el tal pintor?! —insistió decepcionada. Y es que, al entrar en la sala donde supuestamente la esperaba un artista, lo único que vio fue el dorso de un viejo caballete y a su madre nerviosa moviendo unas sillas.

—¡Cambia el tono, Clara Inés! —la frenó doña Carmen—. ¡Antes que cuente hasta tres! —Pero dejó el sermón para otro momento porque justo en ese instante, de atrás del caballete, se asomó un muchacho delgado y marrón, con más cara de espanto que de artista.

—Miguel Soria, niña Clara, mucho gusto.

Conmovida con la tímida y escueta aparición, Clara hizo una reverencia que dejó muda

a su madre. “Así que la mocosa sabía saludar”, se sorprendió.

Y el pintor se animó un poco más.

—Miguel Soria, niña Clara, pero puede llamarme Chicombú.

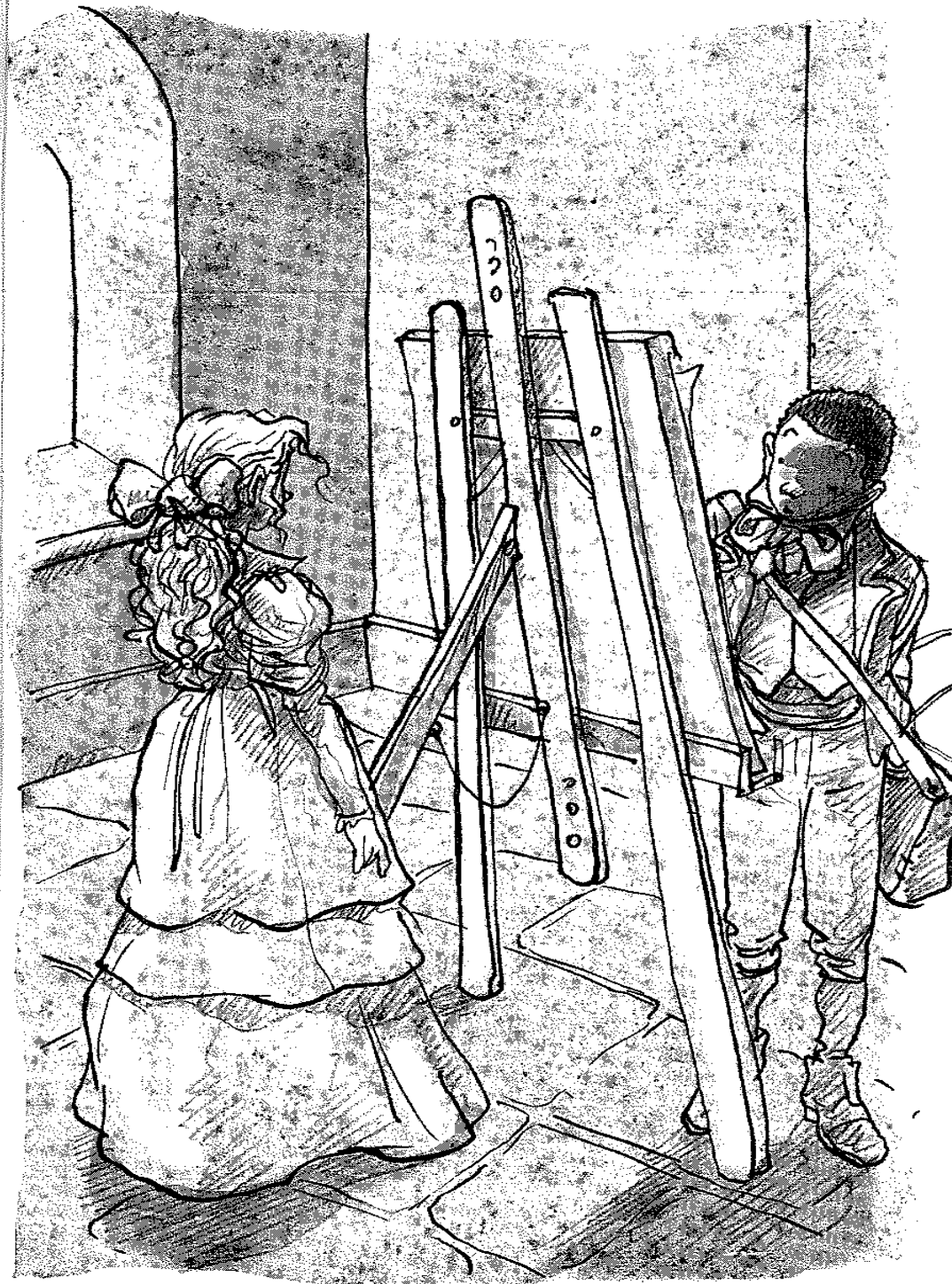
—¿Chico qué?

—Chicombú.

Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero apenas pronunció aquel nombre en voz alta “CHICOMBÚ, CHICOMBÚ”, la carcajada estalló sin control. Se le escaparon sin el menor decoro, esos cacareos interminables y contagiosos que tanto molestaban a los adultos, pero que ella no podía reprimir.

Por su parte, pasado el primer susto y vencido por la tentación, Chicombú empezó a reírse también. Y con todos los dientes, que eran parejos y blancos, igual que un teclado de perlas.

—¡A ver, a ver, Malaver! —interrumpió palmoteando doña Carmen, contenta con que el humor de su hija hubiera mejorado, pero decidida a poner fin al desorden—. ¿Qué tal si empezamos con el trabajo?



—Co-co como usted diga, doña Ca-ca, doña Ca-carmen —Chicombú había quedado tartamudo de tanto reírse.

—¡Doña Cacá! —soltó Clara divertida—. ¡Doña Caca! —repitió a los gritos sin fijarse en los ojos de su madre, que empezaban a flamear.

Y todo hubiera terminado mal (¡muy mal!) de no haber sido porque en ese momento entró Tobiana a la sala con unos refrescos y una mirada habladora dirigida a los chicos: “O se comportan o esto se arruina para siempre”.

Eso dijeron sus ojos y así se ordenó la escena.

Doña Carmen se sentó en un rincón de la sala, cerca de la ventana que daba a la calle, y retomó su bordado. Decidió permanecer donde estaban “esos demonios”, pero haciendo de cuenta que se ocuparía de la costura y no de ellos. “¡Qué barbaridad!”, pensaba sofocada. Y agradecía que su esposo estuviera de viaje.

Chicombú guió a Clara para que se acomodara en una silla, en un ángulo donde él la pudiera ver y a la vez pudiera tener ante sí la hoja donde dibujarla.

Después, mientras trazaba las primeras líneas, Clara se mantuvo quieta, contemplando al artista.

Doña Carmen, más tranquila, intentó reprimir unos bostezos. Hasta que se dejó llevar por el silencio del ambiente —apenas si se oía el lejano runrún de unas carretas— y se durmió. “Un rato, no más”: el tiempo suficiente para que durante aquella siesta Clara y Chicombú pudieran tomarse un recreo y hablar.



—Con los huérfanos vivo, niña Clara.

—¿En Casa de los Expósitos?

—Sí, ahí nomás. En la misma calle del correo.

—Pero... ¿por qué? ¿Desde cuándo?

—Porque mi padre está preso.

—¿Preso?

—Sí, en la cárcel del Cabildo. Lo veo por una ventana cuando paso por ahí. Y a veces hasta podemos hablar.

—¿Y tu madre?

—Murió.

—De qué?

—No sé.

—¿Y por qué está preso tu padre?

—Se dice que por dibujar.

—¿Y cuál es el delito?

—Sus dibujos.

—¡Mentiroso! Seguro ha de ser delincuente. Dibujar nunca ha estado prohibido.

Chicombú prefirió cambiar de tema. Pensó que no debía hablar de las caricaturas de su padre; después de todo, habían resultado ofensivas viniendo de un negro, y por eso lo habían arrestado. Pero a él esos dibujos le gustaban. Más que las acuarelas en las que su padre pintaba la vida de este lado del océano o la que evocaba de su África ancestral. Mucho más. Porque las caricaturas eran imágenes reales e irreales a la vez. Graciosas y audaces. Sobre todo la del virrey de Sobremonte con cara de virrey y cuerpo de gallina. O la de Cisneros sentado como un bebé adentro de una canasta repleta de pastelitos. La canasta, como una canoa, flotando sobre el Río de la Plata.

—Mi pa' es un buen padre —retomó Chicombú—. Era esclavo de los Álvarez y

Araujo, donde mi ma' era cocinera. Ahí la conoció, se casaron y nació.

Se hizo un breve silencio.

—Mi padre es un buen carpintero y aunque está preso ya es libre, no tiene más amo. Unos comerciantes le compraron la libertad porque querían que trabajara para ellos sin tener que alquilárselo a nadie. Y ahora está preso en la cárcel... todo culpa de la libertad.

—No digas eso, pintor.

—¿Por qué no?

Clara iba a decir algo más, pero no supo qué; qué palabras ponerle a lo que no comprendía del todo.

Cuando doña Carmen se despertó, Chicombú ya no estaba. Se había ido con el permiso de Clara para llegar al albergue a la hora convenida con su tutor. Antes de despedirse, había enrollado sus hojas y las había guardado con las carbonillas en un morral recosido.

—Será hasta mañana —le había dicho a Clara. Y que se iba rapidito para asomarse a las ventanas del Cabildo y saludar a su padre.



## CAPÍTULO 5

Después de aquel primer encuentro, las visitas de Chicombú a casa de los Orihuela se hicieron costumbre.

Llegaba después del almuerzo, tomaba un refresco que Tobiána preparaba con jengibre y se ubicaba detrás del caballete.

Enganchaba sus hojas de trabajo y sacaba una carbonilla. A veces, un lápiz pastel.

Miraba a Clara, miraba la hoja, trazaba una línea y fruncía la frente.

Miraba a Clara, miraba la hoja, trazaba una línea y...

Clara entonces se quedaba quieta. Y bastante juiciosa. Hasta que su madre, con la costura en una mano y el abanico en la otra, daba el primer cabezazo y se dormía.

Para doña Carmen la siesta era sagrada. Y si había aceptado recibir al “mocosó” en ese horario era para que Clara pudiera cumplir con el resto de sus obligaciones. “Si es preciso”, decía la señora, “tendremos que sacrificar la siesta”. Y agregaba: “No hay gran edificio sin gran sacrificio”.

Pero lo cierto es que cada vez estaba más tranquila con el huérfano que había contratado. Del retrato de su hija no había visto avances, pero desde que Chicombú había pisado su casa, el humor de Clara era otro. Seguía pinchándose con la costura y tocando el piano como si en vez de manos tuviera martillos. “Pero al menos”, pensaba doña Carmen, “se deja peinar sin gruñir. Y no vive esperando un descuido para escaparse a lo de su tía a jugar.

Apenas doña Carmen se dormía, cosa que los chicos notaban enseguida porque roncaba como un cochero cansado, para Clara y Chicombú empezaba la fiesta. Abandonaban sus lugares fijos de pintor y modelo, y se iban de la sala. Tenían calculado el tiempo que la mujer

tardaba en despertarse, así que, con Tobiana haciéndose la distraída, se metían en el escritorio de don José a mirar libros con mapas y a planear aventuras. A veces también se asomaban a la calle. Les gustaba ver a la gente que pasaba. No mucha a esa hora. Pero suficiente para entretenerlos: lavanderas con canastas llenas de ropa limpia volviendo del río, funcionarios del Cabildo soñolientos, carretas rumbo hacia el puerto.

Miraban muy bien lo que pasaba porque después jugaban a recordarlo: ¿De qué color era el cinto que sostenía el pantalón del aguatero? ¿Cuántos chicos corrían detrás de misia Inés y su criada? Ganaba el que más se acordaba y lo podía demostrar.

Hasta que un mediodía, ni más ni menos apacible que los otros, ni más ni menos otoñal que todos los de aquel mayo de 1810, en casa de los Orihuela pareció que tronaba un cañón.



## CAPÍTULO 6



—¡**A**moverse, que llegó la hora! —arremetió doña Carmen cuando entró Chicombú.

—¿La hora de qué? —preguntó Clara.

—Usted se calla. La cosa es con él.

—¿Qué cosa, madre?

—El retrato. Llegó la hora de que veamos el retrato.

—¡Pero por qué tanto apuro!

—¿Apuro? Ya ha pasado mucho tiempo. Y tu padre adelantó el regreso.

—¿Mi padre! ¡Qué bien! ¿Para cuándo?

—En pocos días estará en la casa. Y tendremos que prepararnos para sus reuniones.

—¿Tertulias? —se alegró Clara, porque solo cuando había tertulia en la casa se preparaban

manjares: masas con dulce de guindas y rosquitas de canela y ralladura de limón.

—No sé hija, en realidad no lo sé...

—Doña Carmen se oscureció de golpe. Trataba de entender algo de todo lo que su esposo le había escrito en su carta. Que en España el rey ya no reinaba; que si el rey no era más el rey, tampoco había virrey... que algo ocurriría en Buenos Aires, que los criollos podrían gobernarse y comerciar de igual a igual con todo el mundo. Y hablaba de reuniones y reuniones para discutir...

—Ay doña Carmen, pero aún no termino —interrumpió Chicombú.

—¿Qué cosa?

—El retrato.

—¡Por cierto! ¡El retrato! —La mujer volvió a perder la calma—. Te doy tres días para completarlo. ¡Ni uno más y haya paz!

—Pero mamá...

—Usted se calla. ¡Y todo el mundo a sus tareas! ¡Tobiana! ¡Ramón!

Doña Carmen batió palmas unas cuantas veces y empezó a moverse de un lado a otro de la casa, dejando solos a los chicos en la sala y dando órdenes a los criados:

—¡A lavar bien los patios, los vidrios, la vajilla! ¡A lustrar la platería!

—¡Y a enarbolar los manteles, que se acercan los corceles!

Solía haber mucho ajetreo cuando don José regresaba de un viaje, y esta vez, además, había anticipado su regreso.



— **Y** ahora ¿qué hacemos? —dijo Clara en voz baja.

—¿Con qué? —preguntó Chicombú. Con una mano se rascaba la cabeza y con la otra sostenía una carbonilla. Todo esto frente a una nueva hoja en blanco enganchada en su caballete.



—¡No me tomes por tonta! ¿Con qué ha de ser? —rugió Clara—. Con el retrato.

—Ah sí...

—Porque yo sé la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Que el que dibuja es tu padre y...

Chicombú se enojó con Clara por primera vez, pero enseguida bajó la cabeza y se quedó callado. Era cierto. El maestro de pintura era su padre, pero él también era muy buen pintor. Un prodigio de los colores, como solían decirle. Y si no había podido demostrarlo en casa de los Orihuela en esos días, era por varios motivos. Para empezar, los ojos de Clara lo paralizaban; los ronquidos de doña Carmen también, pero por otras razones. Copiar del natural, además, nunca le había gustado. Los personajes y los objetos de sus dibujos surgían siempre de su imaginación. Y por último, pero sobre todo, desde que su padre estaba preso...

—Ya no puedo dibujar —reconoció Chicombú.

—Y entonces ¿por qué estás aquí?

—Porque quería intentarlo. Necesito trabajar.

—¿Y qué pasó?

—Que no puedo y tendré que decirlo.

—Eso sería un escándalo.

—Tal vez.

—Y mi madre te echaría de esta casa.

—Tal vez.

—Y ya no volveríamos a vernos.

—Eso sí que de verdad es triste.

—Entonces hagamos algo.

—No hay nada que hacer.

—¡Pues yo tengo un plan!

—Vamos juntos al Cabildo —dijo Clara muy segura.

—¿Al Cabildo?

—Lo llamamos a tu padre.

—¿A mi padre?

—Y sí, no ha de ser al mío.

—¿Al suyo?

—¡No, al tuyo!

—¿Al mío?

—¡Ay Chicombú! Le decimos que se asome a la ventana.

—¿A la ventana?

—No repitas como un loro lo que digo, por favor.

—...

—Le pasamos las pinturas por las rejas.

—¿Por las r...?

—Envueltas en un paquete como si fueran comida.

—Ajá.

—Le contamos el problema.

—¿Y entonces...?

—Mientras ustedes conversan yo me ubico donde él pueda verme ¿lo ves?

—¡Sí, sí! ¡Ahora veo!

—¿Qué ves?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Maravillosa.

—¡Ya Chicombú! ¿Qué es lo que ves?

—Que unos pocos minutos serán suficientes, seguro...

—¿Para obtener el retrato? —El objetivo de Clara era tranquilizar a su madre con un buen cuadro para luego concretar su cometido: que Chicombú se quedara en la casa y fuera su maestro de dibujo.

—¿Para tener el retrato? —volvió a preguntar Clara con más ansiedad.

—No, para que mi pa' la mire bien, la recuerde y después... en el calabozo...

Chicombú hizo silencio. De pronto se preguntó qué pasaría con Clara, si misia Carmen los descubriría. Qué pasaría con su padre, si lo acusaban de cómplice. Qué pasaría con él si a su padre le pasaba algo peor. Pero además ¿no le habían prohibido pintar?

—No pienses más niñoarbusto —dijo Clara con gracia— no va a pasar nada malo.

—¿Eso cree niña Clara?

—Eso quiero.

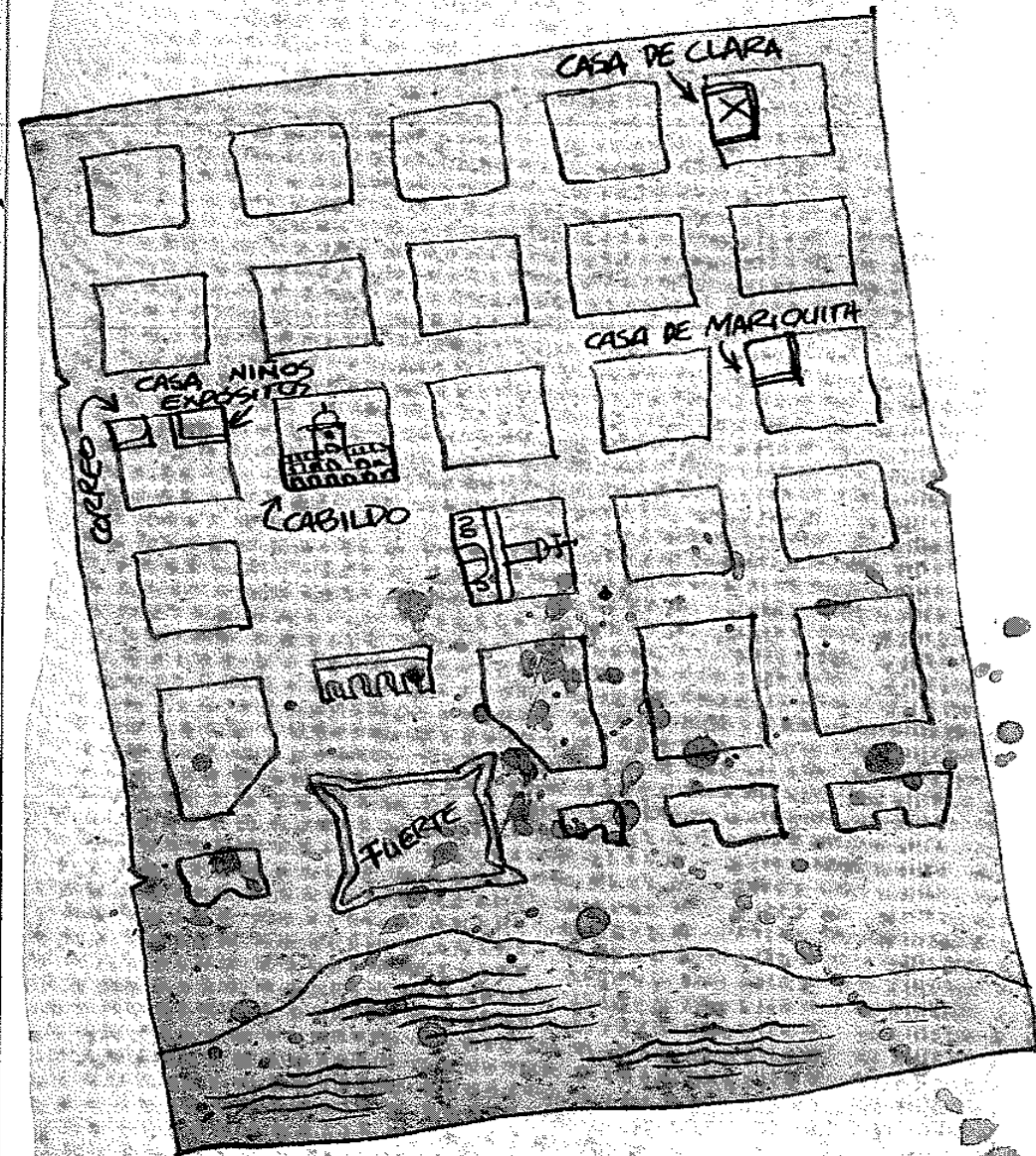
—Entonces probemos el plan.

Clara y Chicombú arrancaron una hoja del caballete, la cortaron en dos y trazaron un plano de las calles para decidir por dónde desplazarse. El Cabildo no quedaba lejos, pero querían marcar algunos puntos de reencuentro por si algo los obligaba a escapar.

Aprovechando que doña Carmen iría a lo de la modista, saldrían de la casa de Clara a la mañana siguiente. Cada cual por su lado. O más bien: uno adelante y el otro —disimuladamente— detrás. Irían por la calle de La Merced hasta la Santísima Trinidad. Allí doblarían a la derecha, cruzarían la calle de La Piedad y la de Las Torres hasta llegar a la del Cabildo. De ese modo no tendrían que pasar por el frente de la Casa de los Niños Expósitos y andarían siempre cerca de la

residencia de Mariquita; ella podría ayudarlos en caso de necesidad.

Tobiana, por su lado, tendría que distraer a doña Carmen con algún tema jugoso si la mujer volvía de la modista antes de que ellos hubieran completado la misión. Pero de esto no hablarían ni con Tobiana: llegado el caso, ella sola sabría qué hacer. Según Clara, su amorosa criada tenía poderes adivinatorios que le indicaban salvarla —a ella, su niña del alma— cada vez que los mayores se proponían castigarla.



Esa noche en la residencia de los Orihuela las velas de algunos salones ardieron hasta la madrugada.

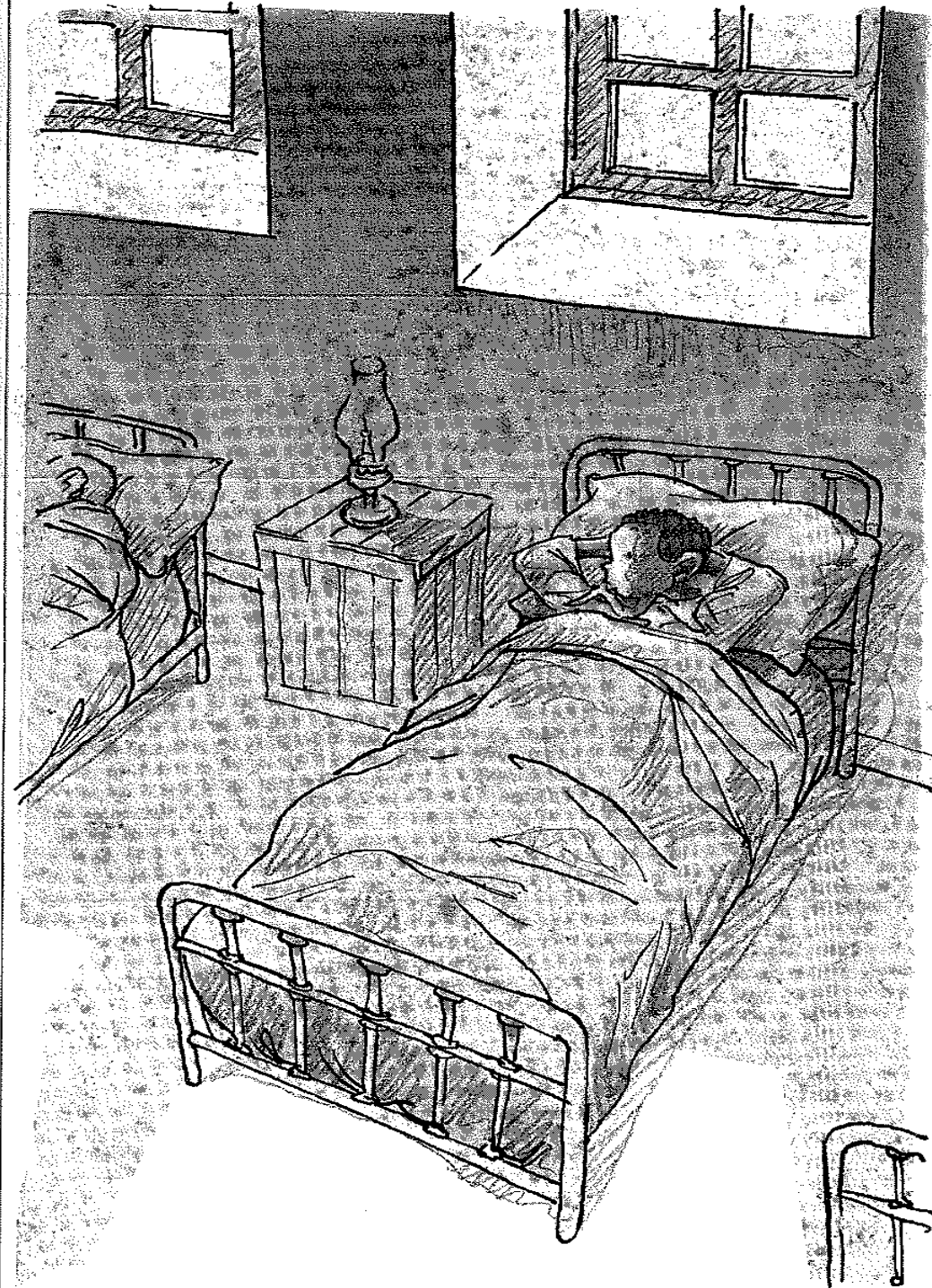
Don José había llegado antes aun de lo anunciado a su esposa, y acompañado por otros hombres con los que mantuvo larguísimas conversaciones durante toda la noche. Se oían exaltados. A ninguno parecía importarle la hora ni que los otros habitantes de la casa estuvieran descansando.

Clara escuchó un ir y venir de su madre por los patios, un abrir y cerrarse de puertas, movimientos en la cocina, los pasos comedidos de Tobiana.



Trató de adivinar qué pasaba, pero solo se oía el barullo, ninguna palabra para descifrar.

Entonces se dio por vencida y cambió de preocupación: se concentró en los puntos más importantes del plan que llevaría a cabo a la mañana siguiente, aun con la presencia de su padre en la ciudad. “Si algo grave está pasando”, pensó Clara, “se encerrará en su escritorio. Y si todo está en orden”, reflexionó, “por la mañana saldrá a trabajar”.

Entre tanto, en la gran habitación que compartía con los otros huérfanos, Chicombú daba vueltas en su cama. Mientras escuchaba sorprendido que los celadores de la Casa hablaban en voz alta como no solían hacerlo por las noches, él repasaba mentalmente los nombres de las calles y los pasos a seguir. Y, aunque tenía un poco de miedo, sabía que la idea de Clara era lo único que podría ayudarlo. Pero ¿ayudarlo a qué?, se preguntaba. ¿A que nadie se enterara de que ya no podía dibujar? Como si eso le importara tanto. ¿A que lo dejaran seguir viendo a Clara, que era la mejor amiga que había tenido desde que lo habían separado de su padre? Eso sí, se respondía Chicombú. Eso sí que le importaba de verdad.



Pero ¿por qué había tanto ruido esa noche? ¿Por qué entraba gente y hablaba? ¿Por qué discutían tanto?


 CAPÍTULO I I
 

Amaneció gris y lloviendo. Hacía frío, además.

—Buen día mi niña Clara.  
Abra ya los dos ojitos  
que llegó esta negra buena  
con la leche y pastelitos.

—Arriba, niña bonita —insistió Tobiána.  
Y se sentó a un costado de la cama de Clara con  
una taza de chocolate caliente entre las manos.

Clara abrió los ojos y se incorporó como  
un resorte.

—¿Qué hora es? —preguntó ansiosa.

—Temprano muy tempranito  
es hora de despertar...

—¡Basta de cantos, Tobiana, que estoy apurada!

—¿Para ir a dónde, mi niña si hace un frío del demonio?

—¿Y mi madre?

—Con su padre.

—¿Y mi padre?

—Se han ido los dos.

Clara se desprendió de las mantas y se levantó de la cama tiritando. Con la ayuda de Tobiana se puso el vestido de paño más grueso que tenía.

Se tomó el chocolate parada, de un sorbo, y guardó el pastelito en el pequeño bolso que pensaba llevarse.

Con agua limpia y tibia que Tobiana había juntado en la jofaina se lavó la cara y se enjuagó la boca.

—¡Pronto Nonina! —dijo a su criada con cariño—. Necesito que me ates el cabello de una vez.

Apenas el sereno anunció las nueve, Clara se envolvió en su rebozo, abrió la puerta de calle y salió.

No hubo nada que la retuviera. Ninguna palabra ni razonamiento que la convenciera de quedarse.

—¡Pero niña...! —le había dicho y redicho Tobiana—. Ha amanecido con lluvia. La calle está llena de gente, de barro. Andan todos muy alborotados. Venga que le cuento un cuento, venga que le canto un canto. ¿Y si le cocino una mazamorrita?

Nada.

Clara vio a Chicombú refugiándose de la llovizna bajo un alero y empezó a caminar hacia él. Pasó por delante y Chicombú la siguió.

Así fueron atravesando las calles, contentos, saltando para salpicarse. Uno adelante, el otro muy cerca, detrás. Hasta que, a las pocas cuadras, algo los paralizó y se miraron perplejos, interrogándose en silencio si debían o no continuar: un amontonamiento de vecinos, entre alegres y ansiosos, ocupaba la Plaza Mayor y gritaba frente al Cabildo.

“Queremos saber qué está pasando”, se escuchaba por ahí. Y el grito se mezclaba con el pregón de los aceituneros y el de soberanía y libertad calientes para quemarse los dientes.

Y aunque también quería saber el porqué de ese tumulto, Chicombú se adelantó a Clara



y empezó a caminar haciendo un leve desvío en el rumbo. Para evitar el gentío, dobló por La Piedad hacia San José, que era la calle que bordeaba la parte de atrás del Cabildo. Allí daban las ventanas del calabozo por las que los presos se asomaban para hablar con la gente.

Clara y Chicombú llegaron casi corriendo a esa espalda del municipio y se mezclaron con otros que tampoco entendían. Mujeres blancas, mulatas, negras, mestizas con chicos blancos, mulatos, negros, mestizos que golpeaban las rejas de las ventanas con palos, pidiendo ver a sus familiares detenidos. Exigiendo noticias sobre ellos.

—¿Pero qué está pasando?! —preguntaba Clara confundida.

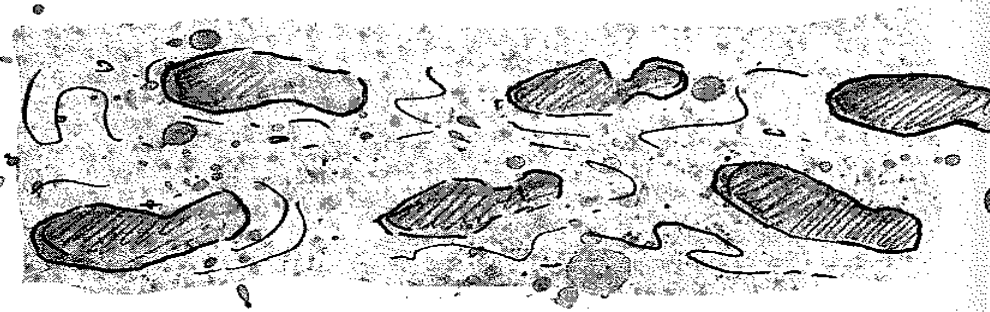
—No sé, niña Clara, no sé. —Chicombú daba vueltas como un trompo, tratando de averiguar dónde estaba su papá.

Hasta que apareció un guardiacárcel desencajado y brutal que, con una cachiporra en la mano, explicó a los “revoltosos” que debían retirarse. Que desde hacía varios días en

el Cabildo había muchos vecinos respetables y decentes decidiendo asuntos de gobierno, así que para estar más seguros habían despachado a los reclusos. “Al presidio de Luján, al interior, a la isla Martín García y al mismísimo infierno también”.

—Pero a quiénes se llevaron, señor, diga usted dónde están —insistía una mujer. A lo que el guardiacárcel respondió con un revoleo de cachiporrazos que acabó despejando el lugar.

Mojados y muertos de frío, también Clara y Chicombú terminaron expulsados a los empujones. Y, sin decirse una palabra, caminaron sin destino en dirección contraria al Fuerte.



## CAPÍTULO 13

—Vuelva a su casa, niña Clara —balbuceaba Chicombú—. Vuelva a su casa que la van a perdonar.

—A castigar...

—A perdonar...

Pero Clara no se detenía. Hacía más de dos horas que caminaba junto a su amigo meditando una solución. Había dejado de llover, la ciudad empezaba a desdibujarse: cada vez menos casas, más terrenos baldíos y barrocos.

Clara sabía que a esa altura a Tobiána ya se le habrían acabado las excusas para ponerla a salvo de sus padres y que muy probablemente terminarían mandándola a un convento para que las monjas “se encargaran de su educación”: más bordado, más oraciones, mejores modales

para una señorita. Sabía también que, por más que suplicara, alejarían a Chicombú de su vida, como ya otros lo habían alejado de su padre al que, por lo que había escuchado, quizá nunca volvería a encontrar.

Eso iba pensando Clara mientras caminaba y no paraba de secarse con las mangas el agua que le caía de la nariz congelada. Y que algún parecido tenía con Chicombú. Que ella fuera mujer y él tuviera la piel marrón los condenaba a callarse, a obedecer siempre a otros, a bajar la cabeza. Y que ella no la bajaría, pensaba, cuando una mano fuerte la agarró del hombro y otra idéntica de tosca aferró a Chicombú.

—¡Quietos! ¡Aguarden! —les ordenó una voz. Era la de un negro bien vestido y viejo, sin duda dueño de las manos que los retenían por la fuerza.

—¿Quién es usted, bestia bruta? —preguntó Clara furiosa tratando de zafarse.

—Ahora mismo se vienen conmigo —insistió el hombre a los chicos. Y ladeando la cabeza, pero aflojando el gesto, señaló

un carruaje señorial. Era el de los Sánchez de Thompson, detenido a un costado del camino.

—¡Tía del cielo! —gritó Clara feliz cuando vio a Mariquita en la galera, haciéndole señas para que se acercaran.



Exhaustos y sucios, Clara y Chicombú caminaron hacia el carruaje mirándose los pies, escoltados por Mateo, el viejo cochero. Parecía —sin que se lo hubieran dicho uno al otro— que los dos habían aceptado la invitación de Mariquita aun sin saber adónde los conduciría ese destino. Sin embargo, y tal vez por la incertidumbre, Chicombú dio una rápida mirada a su entorno y tomó otra decisión. Sabía que después de lo ocurrido durante ese largo día, jamás podría volver a la Casa de los Expósitos sin que lo encerraran como a un delincuente o —a pedido de los padres de Clara— lo alejaran de la ciudad. Aprovechó entonces el momento en que el cochero asistía a Clara para que subiera al vehículo y se echó a correr.

Clara y Mateo reaccionaron enseguida y empezaron a correr detrás de él. Lo siguieron unos metros, hasta que los gritos de Mariquita frenaron la carrera.

—¡Perros! —vociferaba la mujer—. ¡Vienen los perros! —gritó con todas sus fuerzas. Y porque era frecuente que en esos lugares bandas de perros salvajes se entrometieran de malos modos con las personas, hasta Chicombú pensó en detenerse. Y finalmente lo hizo, pero de golpe y porrazo, porque tropezó con un montículo de piedras y al caer se lastimó una pierna.

—¡Chicombuuuuuuú!

Clara le pidió a Mateo que acercara el coche a donde había quedado su amigo a merced de los perros, pero Mariquita la tranquilizó:

—No hay ningún perro, querida. Lo he dicho para detenerlos. —Entonces bajó ella misma, doña María Sánchez de Thompson, y fue a buscar al muchacho.

—Vamos Chico... ¿Chico qué? —preguntó tomándolo del brazo.

—Miguel Soria, misia Mariquita, pero puede llamarme Chicombú —Chicombú dijo eso recordando su primer encuentro con Clara. Solo que ahora, más avergonzado que entonces, recuperó su morral y volvió rengueando al carruaje.

El coche de los Thompson era único. Se lo habían hecho traer especialmente de España. Y, para diferenciarlo aún más del resto, en vez de hacerlo acarrear por mulas entumecidas, de este tiraban caballos altaneros y fornidos. Clara siempre había querido pasear en ese carruaje, pero sus padres, que pensaban que ese coche era una “ostentación obscena”, jamás se lo habían permitido.

Finalmente, con Mateo en el pescante y los otros tres bajo techo, iniciaron el regreso. Volverían al centro de la ciudad, pasarían cerca de la Plaza Mayor para pispear novedades y acabarían el viaje en casa de Mariquita.

—Hoy es un día importante —arengó la mujer.

—No quiero volver a mi casa —dijo Clara.

—Tal vez ya haya un nuevo gobierno...

—Mis padres van a encerrarme...

—...y los criollos podremos abrir nuestras puertas al mundo, ¿comprenden?

—¡Se han llevado a los presos del Cab...!

—...con nuevas ideas, por fin, donde las niñas estudien y...

—¡Tía!

Mariquita se interrumpió de golpe. Los ojos vidriosos de los chicos la miraban suplicantes. Algo le recordó entonces sus días en el convento. En esa habitación oscura y fría adonde la habían confinado “para recapacitar”. Para que aceptara casarse con el candidato que sus padres habían elegido para ella y se olvidara del alférez Martín Thompson.

—¡Eso nunca! —soltó Mariquita como volviendo de un mal sueño. Y Clara, que conocía la historia, la ayudó a sobreponerse al recuerdo.

—**C**onque ustedes también tienen problemas, ¿verdad? —preguntó Mariquita a los chicos.

—Si...

—...mis...

—...nos...

—...más...

—...somos...

—¿Alguno me puede explicar lo que pasa?

Y al fin arrancaron resueltos, revueltos...

—No más amos nos amos asomamos ambos ambiguos antiguos amigos zambos bandos bordados burdos absurdos tumbos humos rumores rumbos.

(Las palabras se atropellaban soltándose de las frases, salpicando....).

—Rumbos rumba lumbre costumbre  
sombra nombra hombre hambre alambre  
enjambre siempre precio presidio prelude  
privado prima primado piano pía peine  
peineta pinta pincha dura pura caricatura  
captura....

—¡Ya! —Mariquita interrumpió a los chicos. Había comprendido más de lo que había podido entenderles. Pero dio por terminada la conversación y prometió ayudarlos. Que algo se le ocurriría, murmuró.

—Entre tanto —dijo para distraerlos durante el viaje— quisiera contarles un cuento. Una viejísima historia que mi padre me contaba a mí.

## CAPÍTULO 16

*É*rase una vez (Mariquita consiguió que la escucharan) *un rey poderoso y gruñón. Se había hecho construir un castillo nuevo al que acababa de mudarse.*

*Visto de afuera* (Mariquita ilustraba sus palabras abriendo los brazos), *el castillo era una verdadera fortaleza. Tenía murallas bien altas y torres vigía donde se apostaba la milicia para proteger al soberano. Por dentro se veía igual. Las paredes eran grises y las ventanas muy pocas; los ambientes demasiado serios para quedarse a vivir.*

—*Esto es muy frío* —protestó la reina no bien bajó del carruaje y se internó en su nueva casa.

—*Y también muy triste* —la princesa agregó.

*Y el rey, que además de gruñón era poderoso, ordenó reclutar a los mejores artistas del mundo para que se mudaran al palacio y lo poblaran con sus obras: los escultores con sus esculturas, los pintores con cuadros, los músicos con sonidos y los bailarines con sus danzas. Que tampoco faltaran actores, titiriteros, bufones, arlequines y bordadoras de cortinas.*

*Apenas la orden del rey fue comunicada, cientos de dignatarios salieron por el mundo a capturar artistas. Encontraron a los más destacados en todas las artes menos en una: la pintura.*

*—¿Cómo puede ser que en esta aldea no haya pintores? —preguntaban aquí y allá los enviados del monarca.*

*—Pintores hay mil —contestaba la gente—, pero el mejor no es de aquí.*

*—¿Y de dónde? —se enfureció un día uno de los comendadores, y amenazó con castigar al que callara.*

*La respuesta no tardó en llegar; el mejor pintor del mundo era un niño. Vivía con sus padres*



*al pie de una montaña y se inspiraba día y noche en todo lo que lo rodeaba. Después, sobre cualquier superficie, plasmaba las pinturas más perfectas que jamás se hubieran visto.*

*Los enviados del rey capturaron al muchacho y lo llevaron por la fuerza ante Su Majestad. Una vez en palacio, el artista fue tratado con todos los honores: lo alojaron en una habitación enorme, lo vistieron con los mejores trajes, lo nombraron maestro de dibujo de la princesa y le dieron más pintura de la que pidió.*

*Como maestro, el pequeño pintor sentía que su nueva vida era grata. La princesa le gustaba. Como artista, en cambio, era incapaz de pintar un buen cuadro. Extrañaba tanto los colores del lugar en el que había crecido que los frescos que intentaba en el palacio era más grises que las paredes de piedra.*

En este punto Mariquita hizo silencio y se aclaró la voz. Lo que en verdad quería

era averiguar si a los chicos los atrapaba la historia.

—¡Vamos tía! Cuéntenos lo que pasó —dijo Clara impaciente.

—La princesa adoraba a su maestro y quería ayudarlo —retomó Mariquita.

—¿A fugarse?

—No Clara, eso nunca, porque lo amaba. Le rogó en cambio, que le pintara una flor.

*Decidido a componer para su amiga la más regia de todas las flores, el pequeño artista se internó en su cuarto y se puso a pintar. Se concentró en los mejores recuerdos y después de días y noches de encierro terminó su obra. El cuadro era una inmensa y mullida llanura. Con todos los tonos de verde que le había despertado su memoria. Con los reflejos del sol y hasta el sonido de la brisa.*

*Hipnotizado, sin poder despegar los ojos de su propia obra, el pintor dio unos pasos, un salto y entró. Cuando se dio cuenta, estaba caminando en dirección a su casa. Durante la*

*marcha descubrió la flor que buscaba y la cortó para Su Alteza. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Al verse más alto, comprendió que mucho y se apuró a volver.*

*Preocupada al principio y despechada después, la princesa acusó al pintor con su padre. Le aseguró que se había fugado.*

*El rey que además de ser gruñón y poderoso, adoraba a su hija, ordenó que encontraran al bribón y lo hicieran prisionero.*

*Clara y Chicombú se miraron. Ella nunca haría eso.*

*No hizo falta (Mariquita se entusiasmó). Antes de que la orden comenzara a ejecutarse, el joven pintor estaba de vuelta en el palacio con una flor en la mano.*

*—¡Insensato! ¡Desobediente! —bramó el monarca—. ¿Dónde te habías metido? Mis órdenes no se burlan —siguió enojadísimo. Y ya iba a indicar el castigo, cuando la guardia real entró a los gritos.*

*—¡Nos invaden Majestad! ¡Nos invaden! (Mariquita imitaba las voces). ¡Nuestro ejército ha sido vencido y ahora vienen por Vos!*

*—¡No puede ser! —tronó el rey. Pero, al oír el metal de las lanzas y el batir de los caballos, reunió a su familia y lloró.*

*—Jamás entregaré mi reino.*

*—¡Mejor huyamos! —propuso la reina.*

*—Pero a dónde —se convenció rápido el rey—. ¿Acaso no estamos rodeados?*

*—Rodeados sí —se adelantó el pintor—. Pero yo conozco un lugar por donde huir.*

*Entonces apuró el paso hacia su habitación seguido por la reina, por el rey, la princesa y los sirvientes. Se detuvo con todos frente a su maravilloso cuadro verde y los ayudó a dar el salto y entrar. Uno a uno: el rey, la reina y los súbditos se perdieron en la inmensidad.*

*Dejó para el final a la princesa. Primero le entregó la flor prometida y después le tendió la mano. Juntos pegaron el salto y juntos, a salvo, se internaron para siempre en el paisaje.*

Mariquita terminó de contar la historia cuando también el viaje llegaba a su fin.

—Y bien jovencitos ¿Qué les ha parecido? —preguntó a sus espectadores ahora desolados ante la proximidad del arribo. Pero no alcanzó a oír la respuesta porque apenas terminó de formular la pregunta, empezó a dar gritos destemplados.

—¡Mateo! ¡Mateo! ¡Detente ahora mismo, por favor!

La mujer parecía trastornada. Y en parte lo estaba. Porque a punto de llegar a su residencia, divisó a su prima Carmen —la madre de Clara— llamando a la puerta con actitud aguerrida.

—Escúchame bien —dijo entonces al cochero cuando el hombre frenó para escucharla—. Apenas descienda yo en casa, te me vas con los críos a la vuelta. —Y mirando a los chicos siguió—: Y ustedes me esperan aquí. Aquí adentro hasta que vuelva yo misma a buscarlos. ¿De acuerdo?

Los dichos de Mariquita fueron tan concluyentes que a nadie se le dio por refutarlos. A Chicombú, porque jamás se le hubiera ocurrido. A Clara, porque no veía salida: de nuevo en la ciudad, y aun habiendo escuchado la palabra libertad tantas veces repetida durante esa jornada, sentía que lo que menos la esperaba en lo inmediato era eso: ser libre.

El caso es que, a unos metros de su propia casa, doña María Sánchez de Thompson bajó de su carruaje con la ayuda del cochero. Y, mientras este regresaba al coche, subía al pescante y azuzaba a los caballos para llevarse a los chicos, Mariquita saludaba a su prima Carmen disimulando el disgusto.



—¡Bienvenida prima mía! ¡Qué sorpresa encontrarte en mi puerta!

—Llevo horas buscando a mi hija.

—¡Vamos! Entremos, que está haciendo frío.

—Presiento que ha de estar aquí.

—No, no lo creo. He salido desde muy temprano esta mañana. Pasemos.

Alma, una vieja criada de los Sánchez, abrió la puerta y dio paso a las señoras. Las acompañó al salón de visitas y, en pocos minutos, se instaló a un costado para cebarles unos mates.

—Gracias Alma—dijo por fin Mariquita. Y con un gesto sencillo hizo saber a su criada que debía retirarse.

—¡Culpa mía! —soltó Carmen—. ¡Ese maldito retrato! —siguió y ya no pudo controlarse—. ¡Culpa mía! ¿Cómo he podido olvidarlo?

—¿Olvidar qué?

—Que “con negro o con mulato no se firma ningún trato”.

Mientras hacía de cuenta que escuchaba las diatribas de su prima, Mariquita se preguntaba qué hacer. Cómo impedir que a su sobrina la hostigaran como lo habían hecho con ella. Cómo lograr que al pobre muleque que la acompañaba no lo azotaran o lo llevaran quién sabe dónde, a hacer qué trabajos...

—No se puede confiar en los negros, ni en los huérfanos y delincuentes. Y tus ideas Marica, que le llenan la cabeza a mi Clara y...

—¡Basta, María del Carmen! ¡Ya basta! —gritó Mariquita—. Si yo fuera tu hija, también me estaría escapando.

—Y eso es lo que has hecho, qué duda cabe. Y tu padre se ha muerto por el disgusto.

—No me sorprende que lo digas, prima. Seguro que lo has pensado y repetido entre los vecinos. No tengo nada que esconder: me casé con el hombre que amaba y es todo. Ahora revisa mi casa, busca a tu hija, si quieres, y luego te vas.

Apenas una indignada y cruel María del Carmen abandonó la residencia de los Thompson, Mariquita se puso el abrigo y salió a reencontrarse con Mateo.

Estaba dolida y furiosa. Las palabras de su prima le habían recordado los peores momentos de su vida.<sup>1</sup> Tener que responderle, además, le había restado lucidez para inventar un buen plan.

Por suerte, pensaba Mariquita mientras caminaba, en ese preciso instante se estaría resolviendo en el Cabildo una nueva forma de gobier-

---

<sup>1</sup> Mariquita Sánchez se casó con el Alférez Martín Thompson, a quien amaba, luego de librar una ardua batalla familiar y legal (en esos tiempos, las mujeres se casaban con el candidato que la familia les elegía). Durante esa "batalla", el padre de Mariquita falleció e injustamente, se le reprochó a ella, haber sido la causa de esa muerte

no para los criollos. Se impondrían las ideas republicanas y libertarias de los franceses, por qué no: igualdad, fraternidad. Eso es lo que hacía falta, lo que cambiaría un poco las cosas.

Con la esperanza y el ánimo recobrados, Mariquita llegó a donde estaba el carruaje. Saludó al viejo cochero y respiró aliviada; el hombre había permanecido alerta, sentado sobre el pescante.

Todo está en orden, se dijo entonces. Y que ya era hora de encontrar una buena idea para proteger a los chicos. Que primero los llevaría a su casa, pensó, y les daría un gran plato de sopa. ¿Y después? Después sería después, qué embromar.

Claro que apenas se asomó al interior del coche:

—¡¡¡Cielo santo, Mateo!!! ¿Qué diablos ha pasado aquí?



## CAPÍTULO 19



En el interior del carruaje, de Clara y Chicombú no quedaba ni el rastro. A excepción del morral, carbonillas, pasteles de colores esparcidos por el suelo y un papel con un dibujo indescifrable.

Mariquita ahogó un grito en la garganta y se metió en el coche. Se acomodó en el asiento y con mucho cuidado levantó aquel dibujo del piso. Era extraño, algo oscuro pero luminoso. Una extensa planicie de colores que se perdía en una línea horizontal donde arrancaba el cielo.

De pronto se quedó pasmada, como una piedra en el tiempo. Fue cuando descubrió en la inmensidad de ese paisaje dos figuras pequeñas, de espaldas, corriendo hacia el horizonte. Son

ellos, pensó, son ellos. Entonces cerró los ojos y les deseó mucha suerte.

Cuando volvió la vista a la hoja, ya casi no pudo distinguirlos. Eran solo dos puntos escapándose al futuro, internándose en el porvenir.



## SILVIA SCHUJER

Nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano y asistió a numerosos cursos de perfeccionamiento en el área de las Letras. Fue directora del suplemento infantil del diario *La Voz* y realizó colaboraciones en distintos medios gráficos. Ha desarrollado una importante labor orientada a los niños en la Secretaría de Derechos Humanos del gremio de prensa y, ha sido coordinadora general del Departamento de Promoción y Difusión de Libros para Chicos y Jóvenes de Editorial Sudamericana.

En reconocimiento a su labor literaria ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre otros, el Premio Casa de las Américas 1986 por su obra *Cuentos y cincuenta* y el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, 1995. *Las visitas*, además, integró la lista de honor IBBY en 1994.

Entre sus más de sesenta obras publicadas se encuentran: *Oliverio Juntapreguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *Pasen y vean -canciones del circo-* y, en Alfaguara, *El*

*tren más largo del mundo, Mucho perro, Las visitas, La cámara oculta, El tesoro escondido y A la Rumba luna.*  
 Muchas de sus obras fueron traducidas a otros idiomas.



## ÍNDICE



CAPÍTULO 1 .....	7
CAPÍTULO 2 .....	11
CAPÍTULO 3 .....	15
CAPÍTULO 4 .....	21
CAPÍTULO 5 .....	25
CAPÍTULO 6 .....	29
CAPÍTULO 7 .....	33
CAPÍTULO 8 .....	37
CAPÍTULO 9 .....	41
CAPÍTULO 10 .....	45
CAPÍTULO 11 .....	49
CAPÍTULO 12 .....	53
CAPÍTULO 13 .....	57
CAPÍTULO 14 .....	61
CAPÍTULO 15 .....	65
CAPÍTULO 16 .....	67
CAPÍTULO 17 .....	75
CAPÍTULO 18 .....	81
CAPÍTULO 19 .....	83
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA .....	85